

EL DISCURSO COLONIALISTA EN ÁFRICA Y ORIENTE MEDIO: DE LA MISIÓN “CIVILIZADORA” A LA MISIÓN “DEMOCRATIZADORA”

The colonialist discourse in Africa and the Middle East: from the “civilizing” to the “democratizing” mission

Hassan Arabi¹
hassanarabi67@yahoo.es

Recibido: 7 de agosto de 2013
Aprobado: 2 de septiembre de 2013

Resumen: Entre principios del siglo XX y principios del XXI, la historia se repite. La lucha entre las naciones por dominar el mundo y repartir los recursos sigue latente. Los mismos actores, las mismas víctimas de siempre, África y Oriente Medio, una zona rica y apetecible para saciar el apetito del nuevo capitalismo internacional. Sykes-Picot puede reescribirse en un nuevo tratado Kerry-Lavrov. Los acontecimientos bélicos en África desde finales de los años noventa, la llamada “Primavera árabe”, la intervención en Afganistán e Iraq, las tensiones con Irán, todo ese montaje es una manipulación por parte de las potencias coloniales en su afán de dominar el mundo y buscar nuevas formas acordes con la nueva era. La ciudadanía necesita un despertar para frenar los abusos del nuevo capitalismo.

Palabras clave: colonialismo, África, Oriente Medio, civilizar, democracia.

Abstract: History repeats itself from the beginning of the 20th Century to the beginning of the 21st. The struggle between nations to dominate the world and share its resources continues. The same actors, the same victims, Africa and the Middle East, a rich and appetizing area suitable to quench the appetite of the new international capitalism. Sykes-Picot could be rewritten as the new Kerry-Lavrov treaty. The African military conflicts since the late 90's, the so called “Arab spring”, the interventions in Afghanistan and Iraq, the tensions with Iran, this whole production is a manipulation perpetrated by colonial powers determined to rule the world in ways that are in keeping with the new era. Citizens need to awaken to curb the abuses of the new capitalism.

Keywords: colonialism, Africa, Middle East, civilize, democracy.

¹ Profesor titular de Hispánicas en la Universidad Mohamed I (Marruecos). Autor de varias publicaciones. Conferenciante en varios países como EE.UU, Chile, Grecia, Francia, España y Marruecos. Miembro del Centro de Investigación CEMIRA (Universidad la Complutense de Madrid). Vicepresidente del Centro de Estudios para la Nueva Civilización (España). Presidente de ONG ASISI durante más de 12 años, motivo por el cual fue nombrado miembro del Observatorio Contra el Racismo y la Intolerancia de la Comunidad Autónoma de Madrid, y vocal del Foro del Ayuntamiento de Madrid para las Migraciones. Fue nombrado profesor honorífico del Departamento de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid.

I. INTRODUCCIÓN

Quién podría imaginar que un siglo después las cosas no avanzarían, el mundo volvería a vivir las mismas escenas, las potencias mundiales seguirían con los mismos intereses, no cambiarían los jugadores, verdugos y víctimas seguirían mirándose frente a frente. Parece que el tiempo se detuvo en aquellas negociaciones y conferencias² que libraron franceses, ingleses, belgas, portugueses, italianos, alemanes y rusos sobre el futuro de Oriente Medio y África. El interés del nacionalismo y del imperialismo europeo por conquistar África aumentó considerablemente, y ese fue el motivo para que muchos Estados europeos enviasen exploradores y expediciones científicas y militares para explorar el terreno. Con ello, los políticos pretendían lograr el doble fin de averiguar las posibilidades de explotación económica y, al mismo tiempo, implantar puestos militares en puntos clave para asegurar su presencia y controlar la zona antes de la llegada de otros pretendientes. Nada parece cambiar desde que la sociedad de geógrafos belga, liderada por el rey Leopoldo II, emprendió su aventura exploradora en los territorios “no civilizados” con el ánimo de civilizarlos e introducirlos en la senda de las naciones avanzadas. Mucho ha costado desde entonces a las potencias ponerse de acuerdo sobre el reparto de las zonas de influencia para la realización de la tarea “civilizatoria”, según sus declaraciones, noble y humana. Europa tiene el deber de ayudar a las naciones no civilizadas en el proceso de su progreso económico y social, predicaban sus políticos cada vez que se les preguntaba sobre la verdadera misión. Las verdaderas intenciones no salían a la luz, salvo en las reuniones de los jugadores sobre esta gran partida de ajedrez. El concepto de la “misión civilizadora” no era otra cosa que modernizar los países, implantando una serie de infraestructuras que faltaban en los territorios pretendidos: carreteras, hospitales, escuelas, instalación de una red eléctrica. Todo ello suponía modernizar estos países y conducirlos por la senda de las naciones civilizadas. “Parapetados tras la idea de ausencia de civilización y atraso secular de los africanos, las principales potencias europeas, Gran Bretaña y Francia, pero también Alemania, Portugal y Bélgica se repartieron y ocuparon el continente a lo largo del último cuarto del siglo XIX” (Campos, 2006, p. 59).

II. LAS CONDICIONES DEL REPARTO DE ÁFRICA Y ORIENTE MEDIO

Nadie puede negar la verdadera intención depredadora de las potencias occidentales cuando hicieron valer su fuerza sobre los débiles regímenes que no dominaban ni controlaban los amplios territorios tanto en África como en Oriente Medio. Pero, también se debe mencionar que, desde los territorios de los sultanes de Marruecos hasta los frágiles departamentos de los bays en el enfermizo imperio Otomano, pasando por las enfrentadas tribus en los extensos territorios africanos, los europeos introdujeron los ingredientes de la modernidad en estos países que ocuparon a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Aportaron nuevas formas de vida y crearon instituciones que ponían fin a la alargada Edad Media en dichos territorios. Los grandes descubrimientos que sirvieron como base de modernidad y fuerza para los países occidentales no llegaron al continente africano hasta principios del siglo pasado, justo con el establecimiento de la administración colonial en dichos territorios. El uso de una red eléctrica, el teléfono, el telégrafo, las redes ferroviarias, las redes de carreteras asfaltadas, los aeropuertos, las escuelas y hospitales modernos, la administración organizada con una jerarquía funcional, la organización de un ejército moderno, etc., todo eso fue obra, sin duda alguna, de la incursión de los occidentales en los nuevos territorios invadidos. Las

² Conferencia de Berlín 1884-1885, en la que los países europeos hicieron valer sus fuerzas y se repartieron África.

sociedades occidentales llevaban tiempo viviendo su gran revolución industrial. El paso de una sociedad agrícola a otra industrial le supuso un cambio en cuanto a su estructura social, económica y hasta pudo tener consecuencias a nivel cultural. La Europa industrial necesitaba oxígeno fuera de sus fronteras, las fábricas necesitaban materias primas para abastecer su creciente industria, los gobiernos necesitaban territorios para ofrecer alternativas a la creciente demanda de puestos de trabajo, y sobre todo había que satisfacer a la empresa militar que necesitaba exportar sus tensiones hacia fuera del continente. Había que buscar soluciones a la rivalidad y los celos políticos que llegaban a un límite insostenible entre las potencias. El tratado Sykes-Picot en 1916 entre Gran Bretaña y Francia para dividir los territorios de Oriente próximo llegaba en plena primera guerra mundial, con los intereses cruzados en el nuevo mapa dibujado en los extensos territorios gobernados por los otomanos³. En África, el caso de Marruecos fue un rompecabezas para las potencias europeas que acabaron repartiéndolo en tres zonas de influencias: 1) Una zona española en el norte desde el río Moulouya, cerca de la frontera con Argelia hasta el Atlántico y Cabo Juby al sur de Marruecos entre las delimitaciones del río Draa y los territorios del Sáhara (Río de Oro); 2) la zona de influencia francesa en el centro del país; 3) Tánger como zona de influencia internacional.

Se trató, en todos los escenarios norteafricanos considerados aquí, de la implantación de una figura del derecho internacional y de la jurisprudencia administrativa eurocéntrica, dimanante de los tratados del siglo XIX; y en particular, de las Conferencias de Berlín (1884-85) y de Algeciras (1906). Se cerraba, de esta manera, el ciclo de protectorados en la ribera sur del Mediterráneo (Morales, 2012, p. 18).

MAPA 1



Marruecos desmenuado en zonas de influencia entre España, Francia y Tánger Internacional

³ El Tratado Sykes-Picot, concluido el 16 de mayo de 1916, fue un acuerdo secreto entre Gran Bretaña y Francia para dividirse los territorios del Próximo Oriente si fueren victoriosos en la guerra contra los Imperios Centrales; el Imperio Ruso y el Reino de Italia dieron su aceptación.

Gran parte del siglo XX fue una demostración de la superioridad tecnológica e industrial de los países coloniales en los territorios conquistados. Fueron largas décadas de explotación, alienación y sometimiento a los pueblos bajo una presión militar que ignoraba toda forma de entendimiento y respeto hacia los autóctonos. La acción “civilizadora” llevada a la fuerza en África y Oriente Medio tuvo consecuencias sobre las formas de vida, sobre los usos y costumbres, sobre las lenguas y formas de comunicación, y sobre todo en lo referente a los límites territoriales de cada grupo humano. La delimitación de las fronteras llevada a cabo por las fuerzas coloniales tomó en consideración tan solo los intereses de cada potencia, ignorando todo daño que podían causar a las comunidades que habitaban estos territorios. La delimitación de las fronteras y la creación de nuevos países dependientes de las metrópolis era una forma de facilitar la dominación y la explotación de las riquezas en cada parte de estos territorios.

La rivalidad para ocupar más territorios y los intereses cruzados entre los países europeos crearon una situación tensa en las relaciones internacionales. Algunos países se sentían menospreciados en este proceso, tal es el caso de España. Las decisiones políticas se medían por la capacidad de la empresa militar de los países, situación que muchos intelectuales y politólogos españoles no eran capaces de digerir: “los de nuestra raza fueron los mejores entre los primeros para realizar las duras empresas de los siglos medioevales; en los tiempos presentes somos por lo menos iguales a todos como soldados de la civilización y capaces como todos de realizar obra de humanidad y de progreso” Triviño (1909, p. 361) en un artículo publicado en la revista Marruecos. Esa insatisfacción fue el motivo clave que condujo a Europa a una Guerra Mundial, con un resultado de destrucción jamás conocido en la historia de la humanidad.

En el África subsahariana, la situación fue dramática tanto a nivel de trazado de los límites fronterizos como en la aniquilación de las señas de identidad cultural de los pueblos; bastaba medio siglo para que franceses, ingleses y portugueses impusieran sus señas de identidad en detrimento de las milenarias culturas africanas. Las lenguas europeas se convirtieron en lenguas oficiales en toda África Negra y como lenguas cooficiales en el Norte de África, y las órdenes religiosas cristianizaron a una inmensa mayoría de la población. Civilizar era sinónimo de borrar todo tipo de relación con las creencias locales y las lenguas heredadas a lo largo de la historia africana.

Se creaba, de esta forma, una crisis de pensamiento, un conflicto entre la modernidad y la tradición que persiste hasta nuestros días en las sociedades árabes y africanas. Modernidad y tradición se convierten en rivales de difícil compaginación, provocando, por lo tanto, una tensión cuyas consecuencias acaban pagando las sociedades que aspiran a superarse. El pensador argelino Mohamed Arkoun afirmaba, en este sentido, que:

El fenómeno colonial ha intensificado los factores de discontinuidad principalmente en el terreno del pensamiento, ha empeorado los desequilibrios psicosocioeconómicos, ha exacerbado las tensiones entre tradición y modernidad, sin aportar en contrapartida un pensamiento capaz de superar o al menos interpretar correctamente las crisis nacidas de enfrentamientos desiguales (Arkoun, 1992, p. 192).

Esta dicotomía tradición-modernidad, sobre todo en el mundo árabe, fue tratada por varios intelectuales árabes de los cuales citamos al egipcio Nasr H. Abou Zayd, al marroquí Mohamed Abedal Yabiri y al libanés Houssein Marwa, por mencionar tres ejemplos. Aunque el choque de los conceptos tradición y modernidad no es el motivo de este artículo, he de señalar que la mayoría de los intelectuales han criticado severamente las deficiencias del discurso islámico, considerándolo como muy anclado en una tradición teológica mientras ignoraba los avances científicos en la vida real del ser humano.

MAPA 2



Los trazados rectos del mapa de África reflejan la indiferencia de los colonizadores hacia los intereses de los africanos.

III. LA ERA POSTCOLONIAL REFLEJA UNA CONTINUIDAD Y UNA NUEVA FORMA DE INTERVENCIÓN

Más de medio siglo después de la independencia de los países africanos, los problemas siguen sin solucionarse en muchas zonas; problemas causados por la herencia colonial consistentes, mayoritariamente, en los límites territoriales, los conflictos étnicos y la implantación de una casta de políticos que no han hecho más que saquear a la ya débil economía de estos países. Una herencia difícil de superar en poco tiempo, sobre todo cuando los colonos de ayer siguen teniendo sus intereses y están dispuestos a provocar guerras y odio en todas las direcciones con tal de no perder su influencia en la zona. "El neoconservadurismo

es moralismo e idealismo, y es diferente de doctrinas geopolíticas como el realismo, según el cual la política exterior de un país la dictan solo sus intereses, sin que preocupe en absoluto el destino de otros pueblos” (Todorov, 2013). El diseño de las políticas coloniales europeas en África y Oriente Medio era realista para los intereses de sus naciones, pero era dañino para muchos pueblos que sufrieron la incursión, la intromisión y la explotación ilimitada de sus tierras.

Las potencias coloniales repartieron y explotaron los terrenos conquistados, pero nunca dejaron de pensar en el futuro de sus naciones en la etapa postcolonial. Sus estrategias se encargaron de diseñar los mapas políticos que les garantizasen seguir con el control desde la metrópoli por mucho tiempo. Se crearon países en Oriente Medio y en África sin tener en cuenta su fondo cultural e histórico. Se creó odio entre culturas, conscientes de que la unión entre los pueblos ponía en peligro los intereses nacionales de las potencias coloniales. “Uno de los aspectos que mayores dificultades ha acarreado a los conflictos africanos en las condiciones de independencia, y que se ha reflejado en conflictos de diverso tipo, fue el trazado de las fronteras coloniales” (Álvarez, s.f.). La mayor parte de los países siguen cuestionando sus fronteras nacionales heredadas de la colonización y muchos grupos con trasfondo cultural o étnico minoritario demandan la autodeterminación porque no se encuentran cómodos dentro de una estructura política que les niega sus derechos de identidad.

IV. LA RELIGIÓN Y LA CULTURA COMO FONDO DE LUCHA POR LA IDENTIDAD

En el Norte de África y Oriente Medio, a finales del S. XIX y principios del XX, ilustres reformistas como Mohamed Abdou, Jamal Eddine Al Afghani; el emir Abdelkader en Argelia, Omar Al Mokhtar en Libia, Abdelkrim Al Khattabi y poco más tarde Allal Al Fassi en Marruecos emprendieron una lucha por la independencia de sus respectivos países, basándose en el Islam como fuente de inspiración y de motivación para la población autóctona. Así, el islam político se convirtió en impulsor de todo movimiento independentista que rechaza la invasión de los infieles a sus tierras.

Estos movimientos independentistas en África y Oriente Medio se beneficiaron de una situación geopolítica creada justo después de la Segunda Guerra Mundial. La creación de Naciones Unidas, el reparto del planeta entre dos polos ideológicamente opuestos en sus intereses y el nacimiento de una conciencia política anticolonial en los países colonizados fueron tres factores esenciales que obligaron a las potencias internacionales a diseñar su salida, de tal manera que les permitiera seguir siendo influyentes en el devenir de los países nacientes. Los países de la francofonía y los países del Commonwealth eran agrupaciones de las respectivas influencias heredadas de Francia e Inglaterra. Crear emiratos y plantar regímenes en Oriente Medio fue una manera de mantener viva la pleitesía a la metrópoli. Mantener litigios sin resolver en más de una zona es una forma de mantener sometido a más de un país, tales son los ejemplos de los países de los Grandes Lagos (Ruanda, Burundi, El Congo, etc.), o el caso de Marruecos en el Norte de África.

En el mundo árabe, el Islam político tomó las riendas de la lucha contra la colonización. El salafismo empezó a tomar decisiones y los líderes religiosos se convirtieron en líderes políticos que luchaban por la independencia de sus respectivos países. La salvación de los pueblos reside en regresar a las fuentes para inspirarse, especialmente a los gloriosos tiempos medievales. “Cuando la modernidad lleva la marca del ‘Otro’, no es de extrañar que algunas personas enarboles los símbolos del arcaísmo para firmar su diferencia”, Amin Maalouf

(2009, p. 82). Era una forma romántica de entender la política, pero era una forma que dio sus frutos entre las masas que salieron por miles para sacrificar sus vidas con tal de participar en esta batalla por la dignidad. Entonces, todas las doctrinas religiosas islámicas tenían un solo enemigo. De esta manera resultaba fácil entenderse y aunar esfuerzos, apartando sus diferencias a la época postcolonial. Los movimientos salafistas se encontraban ante el desafío de liberar a sus países de las grandes potencias internacionales y al mismo tiempo, luchar contra las influencias del comunismo que tuvo éxito en más de un país musulmán. Una tarea tan complicada como esperanzadora, ya que las diferencias entre las potencias coloniales se veían cada vez más agudas, acabando, como era de esperar, en una segunda guerra mundial devastadora que cambió el mapa geopolítico y geoestratégico del planeta.

A lo largo de los más de sesenta años de independencia, muchos países árabes y africanos fueron incapaces de superar la nefasta herencia colonial. La capacidad de gestión de dichos estados fue un verdadero caos político y social debido a la ausencia de instituciones y de una administración sólida capaz de asumir responsabilidades. Las instituciones militares se convertían en los baluartes de la toma de decisiones en la mayor parte de los países, creando a su alrededor una "mafia" política cómplice en el derramamiento económico y social en países como Argelia, Nigeria, o en regímenes feudales, donde las familias reparten las riquezas del país como es el caso de Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí o Guinea Ecuatorial, por citar solo algunos ejemplos. Esta forma de gobernar países, sin garantías jurídicas ni libertades civiles, crea un ambiente de rechazo del ciudadano-súbdito hacia su clase política y una desconfianza del inversor extranjero en las instituciones y administraciones democráticamente dudosas.

V. LA APARICIÓN DEL NUEVO COLONIALISMO EN ÁFRICA Y ORIENTE MEDIO

Finiquitada ya la "misión civilizadora", las potencias internacionales empezaban el diseño de la nueva forma de alienación de sus antiguas colonias. El "new colonialism" tomaba forma justo después de la firma de los tratados de independencia y su estrategia seguía siendo la misma: ganarlo todo en detrimento de los demás. Eduardo Galeano (1970) en su libro "Las venas abiertas de América Latina", tratando las relaciones de América Latina con la madre patria España señala que "La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder". Este estado de cosas no se diferenciaba del continente africano y Oriente Medio. Las multinacionales se dedicaban a saquear los recursos de sus antiguas colonias aprovechando la posesión de una tecnología de punta que les facilitaba sacar un máximo provecho de sus inversiones. Además, se encargaron de crear instituciones "internacionales" como el Banco Mundial para cargar a los países recién independizados con una deuda difícil de asumir si tomamos en consideración la renta per cápita de estos países. Esta telaraña económica basada en las multinacionales y en el Banco Mundial, sirve para mantener la tutela y un régimen de protectorado de las potencias mundiales sobre sus antiguas colonias. El conjunto de una economía débil, unas instituciones no consolidadas y una situación social agitada por la insuficiencia de recursos para todos es sinónimo de un subdesarrollo crónico y una imposibilidad de ejecutar cualquier programa de desarrollo de futuro. Cuando el nivel de desarrollo político es insuficiente, los gobernantes suelen operar como chantajistas convirtiéndose así en la mayor amenaza para el desarrollo económico y para la seguridad pública. En dichas circunstancias, los regímenes postcoloniales no se interesaron en buscar nuevos modelos de desarrollo y nuevas perspectivas para fortalecer las instituciones de sus países. La situación empeoraba cada vez más debido al boom demográfico

y a los bajos precios de las materias primas o productos agrícolas que exportaban hacia sus antiguas metrópolis. El proceso democratizador se relegaba a un segundo plano dejando la prioridad a la seguridad alimenticia y la lucha contra la amenaza de las guerras étnicas que sangraban el continente africano. Ángel Pérez (2001/2002, p. 164), en un artículo publicado por la Fundación CIDOB, señala que:

El subdesarrollo económico, político e institucional hacían inviable un sistema democrático estable. Dos factores acabaron por consolidar esta idea: el enfrentamiento Este-Oeste, que hizo de África uno de sus escenarios, primando la seguridad sobre cualquier experimento político que pudiera ser desestabilizador; y las propias clases dirigentes africanas postcoloniales que arguyeron la necesidad de desarrollo económico para justificar gobiernos autoritarios.

En los Estados de colonización francesa, la adopción del sistema político republicano y presidencial ha consolidado ejecutivos demasiado independientes y prácticas de poder más cercanas a las propias de un rey feudal que al de un jefe de Estado democrático.

VI. LA CAÍDA DE LA URSS Y EL COMIENZO DE UNA NUEVA ERA UNIPOLAR

En los años ochenta del siglo pasado, sucedieron dos grandes acontecimientos que marcaron un punto aparte en las relaciones internacionales: el derrumbamiento del muro de Berlín y el anuncio de la Perestroika por parte del presidente soviético Mikhail Gorbachov. El desmantelamiento del imperio soviético supuso el fin de la Guerra Fría y, por lo tanto, la desaparición de la superpotencia soviética como polo que mantenía un cierto equilibrio en las escenas internacionales. No tardó mucho el entonces presidente estadounidense George Bush en anunciar su nuevo Orden Mundial. El tiempo era propicio para que los americanos y sus aliados volviesen a diseñar el nuevo mundo. Años más tarde, Colin Powell, Secretario de Estado Americano bajo mandato de George W. Bush hijo, hablaría del nuevo mapa de Oriente Medio. Eran mensajes de una superpotencia que se veía con el privilegio de diseñar las políticas del mundo. El mapa político europeo cambiaba de una manera vertiginosa. Muchos países se incorporaron al club de la Unión Europea sin cumplir con los requisitos. Otros desaparecieron en detrimento de nuevos Estados aliados a los intereses capitalistas europeos y americanos. Europa fue rediseñada después del reparto de las dos Europas totalmente opuestas tanto económica como ideológicamente.

En África y Oriente Medio, los americanos y sus aliados europeos tenían controladas todas las escenas. Francia e Inglaterra seguían con sus respectivas hegemonías sobre los Estados árabes y africanos que se encontraban cada vez con más problemas. Sin embargo, la ausencia de un rival que pudiera estorbarle en la toma de decisiones en la escena internacional, animaba a la superpotencia a pensar en un nuevo mapa mundial y unas nuevas alianzas que permitieran el control del planeta y sus principales recursos. Estados Unidos era consciente de que Rusia, aun estando enferma, seguía siendo un gigante capaz de despertarse en cualquier momento. Sabiendo que ese gran país disponía de más de dieciocho mil cabezas nucleares y un exceso de energía que podía usar tanto para cubrir sus necesidades como las del resto del continente europeo por muchos años, Estados Unidos era consciente de que disponía de poco tiempo si quería rediseñar el mapa a su gusto y según los intereses de los lobbies económicos afines. Otra preocupación para los gobiernos americanos era la emergente potencia china que empezaba a desplegar sus tentáculos por África y América Latina. A finales de los años noventa del siglo pasado, se vivía una nueva realidad donde el juego político y las alianzas

se resumían en estar con nosotros o estar en contra de nosotros. Empezaba una etapa que el presidente americano George Bush resumía con la idea del eje del mal. El conflicto ya no es ideológico y por lo tanto estamos ante el eterno concepto del yo frente al otro. Un yo que se autodefine con cualidades positivas que, a veces, rozan la perfección. Los responsables hacen propaganda y alardean de su desarrollo económico, de su prosperidad social y, sobre todo, de su falacia democrática; frente al otro que supuestamente se caracteriza por la maldad, por el fracaso de su modelo económico, por su caos social político y por su tiranía política. Estamos ante dos modelos que chocan frontalmente y llegan a marcar la historia internacional de estos últimos veinte años.

VII. LA MISIÓN DEMOCRATIZADORA EN ÁFRICA Y ORIENTE MEDIO

Aprovechando la ausencia rusa en la escena internacional y el silencio chino, los americanos con el apoyo incondicional de sus aliados europeos se convertían en el único amo del planeta. Nunca antes se habían observado tantas tropas americanas fuera de su continente, incluso en la Segunda Guerra Mundial cuando llegaron a desembarcar 100 mil soldados en Normandía. Tropas desde Afganistán hasta Irak, con aviones espías que cometían asesinatos selectivos en los cinco continentes y sus servicios secretos que se dedican a torturar a sus adversarios en cárceles instaladas en los países aliados. Todo se ejecutaba y se llevaba a cabo ante la indiferencia de Naciones Unidas y demás organismos internacionales. Mientras el gigante ruso seguía dormitando, los americanos usaban su poder para hacer y deshacer, sin escrúpulos, so pretexto de una "misión democratizadora" en estos países.

Los americanos, británicos y franceses recolocaron el mapa europeo y plantaron sus misiles en las fronteras rusas. Eso era lo primero que tenían que hacer y lo hicieron a la perfección. Luego emprendieron su guerra contra el "eje del mal", contra los países que no querían ceder ante el chantaje capitalista. La casi totalidad de estos países son políticamente gobernados por regímenes totalitarios o de dudosa reputación, "regímenes políticos patrimonialistas, basados en el patronazgo y el clientelismo, que se han perpetuado a través de una práctica política autoritaria y represiva, que les ha incapacitado de ejercer una gobernanza y un sistema económico productivo capaz de integrar de una manera eficiente a sus ciudadanos" (Martín, 2012, p. 6). Un "eje del mal" que va desde Venezuela en el continente americano hasta Corea del Norte en el lejano oriente, pasando por países africanos como Libia o Sudán, y países asiáticos como Siria, Irán, Irak y Afganistán, entre otros.

Emprender una guerra con ánimo de rediseñar la zona necesita de un aval y una legitimidad que solo la pueden buscar en un concepto utópico llamado democracia. La lucha contra el terrorismo y la implantación de regímenes democráticos era el mensaje que llenaba la boca de todo político occidental en sus declaraciones y sus comparecencias en los organismos nacionales e internacionales. Exportar la democracia era su preocupación y su mensaje sublime con el cual justificaban sus intervenciones y agresiones a países que no se sometiesen a sus órdenes.

La democracia, hoy en día, es la excusa mediante la cual Estados Unidos y muchos países de occidente invaden a los países no "democráticos", con el fin de proteger sus intereses y apropiarse de ellos si es necesario; la invasión norteamericana y británica contra Iraq es un ejemplo tajante. La democracia no se impone a punta de cañón, sino con bases culturales propias del pueblo o de las etnias que componen el país (Alshboul, 2007).

Rousseau, en su famoso libro *El Contrato Social* (1762), refiriéndose a la democracia decía: “Tomando la palabra en su rigurosa acepción, no ha existido ni existirá jamás verdadera democracia”. La democracia es una forma de gobierno que aspira cualquier ciudadano porque, hasta este momento, es la manera más aceptada y consensuada por los ciudadanos porque les garantiza una cierta libertad pública y una cierta igualdad jurídica. Por lo demás, no hay grandes diferencias para el conjunto de la ciudadanía respecto a los demás sistemas de gobierno. El concepto de democracia no está bien definido y mucho menos practicado. La práctica democrática en Inglaterra no tiene nada que ver con la practicada en España; el concepto difiere entre un sistema republicano en Francia y otro federal como es el alemán. Si queremos seguir indagando en este concepto, podemos encontrar déficits cuando hablamos de una democracia participativa y una democracia centralista de carácter piramidal. ¿Democracia es turnarse dos partidos autoritarios en el poder como es el caso de España? ¿Democracia es defender el régimen de las castas en la India? ¿Democracia es cambiar figuras cada cierto tiempo para no aburrir a las masas? ¿O democracia es hacer partícipe, de verdad, al pueblo en la toma de decisiones decisivas para el devenir del país? Hasta este momento, ningún país, por muy democrático que sea, ha consultado, en referéndum, a su pueblo para entrar en una guerra, y tampoco tenemos constancia de que los pueblos hayan votado embargos contra países para asfixiarles y matar a su gente de hambre y de enfermedades.

Precisamente ese es el concepto que está sirviendo de trampolín para acceder a una legitimidad para hacerse con el mundo. Los países llamados “democráticos”, además de sus avances económicos y sus instituciones estables, gozan de un aparato mediático de gran envergadura que les sirve como elemento propagandístico de primer orden. En este contexto debemos recordar que la manipulación informativa y la demagogia han sido, casi siempre, las grandes protagonistas del sistema democrático. Los políticos suelen utilizar los medios de comunicación para denigrar a países que chocan con sus intereses. En más de una ocasión hemos asistido a grandes escenas fabricadas por los políticos y difundidas conscientemente, por medios afines. El gobierno americano fabricó toda la escena de las armas químicas de Irak y la difundió durante más de un año por todo el planeta antes de emprender la colonización del país para, luego, arruinar sus instituciones y crear un odio étnico y religioso que sigue afectando al país. Sudán, el país africano con recursos que le permiten un desarrollo extraordinario gracias a sus tierras fértiles y sus recursos energéticos, fue víctima de su choque con el mundo capitalista. Los medios de comunicación difundieron, durante años, imágenes de los sufrimientos de la población de la región de Darfur al Este del país, y noticias de marginación y de victimización de la población cristiana del Sur, creando al gobierno de Jartum frentes difíciles de controlar. Estamos entonces ante un proceso premeditado para dividir países con recursos y capacidad de crecimiento económico y con relaciones “sospechosas” con China y Rusia. Irak y Sudán eran países con una extensión territorial suficiente como para tener influencia y alianzas regionales que podrían hacer peligrar los intereses del capitalismo americano-europeo. De allí se entiende su intención de dividir países en más de una unidad política, creando un ambiente de crispación en la zona que solo beneficiaría a sus intereses. Si nos detenemos a analizar las condiciones de esta intromisión en la zona por parte del nuevo capitalismo internacional, nos encontramos ante un gran parecido con las escenas sucedidas a principios del siglo XX, con la repartición de África y Oriente medio. Comparte esta opinión Pedro Martínez Montávez (1998), al afirmar que “en este final del siglo XX el mundo árabe está siendo objeto de una acción política similar a la que sufrió a comienzos. Final y principio de siglo están resultando en él sorprendentemente parecidos, dramáticamente parecidos”.

VIII. LA VERDADERA LUCHA SOBRE LAS FUENTES DE ENERGÍA

Llevamos más de dos décadas observando cómo África se ha convertido en un espacio apetezible por sus recursos energéticos. A los viejos colonos se suman otros nuevos como es el caso de China, la India y Brasil. Las guerras libradas en los Grandes Lagos y en África Occidental no son casuales. Es una lucha de titanes por el control de una zona rica e inofensiva fácil de controlar. Los gobiernos africanos corruptos suelen caer en la trampa de prender las llamas de la guerra contra sus vecinos alegando luchas étnicas o religiosas, como fue el caso de Ruanda, Burundi y el Congo. Miles de víctimas han sido vilmente asesinadas y otras tantas fueron desplazadas en las peores condiciones. Lo mismo ocurrió en Benín, y lo mismo está ocurriendo en Nigeria y en Malí. Una guerra, cuyo objetivo es buscar un nuevo mapa geoestratégico en la zona, sirve únicamente para los intereses de occidente. “El gran problema de África es que la quieren dejar como un mero productor de materias primas y tenerla como reserva para el desarrollo de otros países. Solo interesa la explotación al máximo: si es preciso, hasta el agotamiento” (Molina, s.f.).

Los acontecimientos que conoce el mundo árabe, la denominada “Primavera Árabe”, están desvelando el telón sobre las verdaderas intenciones del nuevo capitalismo planetario. Las rebeliones realizadas, en un principio, por jóvenes árabes faltos de libertades y de oportunidades para desarrollarse en sus países se han convertido en luchas armadas en más de un país. El derrocamiento y luego asesinato de Gaddafi, la destrucción de Siria y el enfrentamiento entre los Hermanos Musulmanes y laicos en Egipto son ejemplos que reflejan el descarrilamiento de las verdaderas intenciones populares. El mapa del mundo árabe se sitúa en el núcleo de las luchas entre las grandes potencias en este siglo XXI. Las grandes reservas de energía obligan a muchos jugadores, regionales e internacionales, a intervenir en cualquier movimiento. Las potencias occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, han cerrado filas, conscientes de que los tiempos han cambiado.

Después de tres años de hostilidades y tensión entre los miembros europeos, británicos y estadounidenses del Bilderberg causadas por la guerra en Irak, se ha recuperado la aureola de completa congenialidad entre ellos. Los miembros del Bilderberg han reafirmado sus posiciones y permanecen unidos en su objetivo a largo plazo de reforzar el papel de las Naciones Unidas en la regulación de los conflictos y las relaciones globales (Estulin, 2010, p. 320).

Además de controlar las instituciones internacionales para justificar sus hostilidades e intervenciones en los asuntos nacionales, regionales e internacionales, los países del nuevo club del capitalismo no están por la labor de ceder las grandes reservas de gas y de petróleo a sus competidores chinos, y tampoco quieren perder su mercado de armas a favor de los rusos. Estos intereses cruzados entre unos y otros reflejan el grado de agresividad en los enfrentamientos tanto a nivel diplomático como a nivel bélico. La guerra en Siria es una partida de ajedrez que nos sitúa ante un acontecimiento de gran calibre internacional solo comparable con el famoso tratado Sykes-Picot. La conferencia de Geneve II se está gestando con un acuerdo entre americanos y rusos que están aprovechando los acontecimientos para volver, con fuerza, a la escena internacional. ¿Estamos ante un tratado Kerry-Lavrov que marcará el planeta durante este siglo XXI? Todo indica que estamos ante el nacimiento de unas nuevas alianzas y contra-alianzas y que la estabilidad del mundo dependerá, en gran medida, de la sensatez y la responsabilidad de estas negociaciones.

IX. CONCLUSIÓN

La era de un gobierno americano unipolar ya no existe. El nacimiento de unas fuerzas emergentes (Irán, India, Brasil, etc.) que necesitan su espacio en este nuevo escenario, y el sólido resurgir ruso que está mostrando su autoridad para decidir en la política internacional, obligan al capitalismo occidental a rehacer sus planes en muchas zonas del mundo. A ello se suma China como potencia económica y militar que está exigiendo ser respetada y consultada en la toma de decisiones relevantes. En este juego de las naciones, y en este despertar de los pueblos desde América Latina hasta el mundo árabe pasando por África, ¿pueden los occidentales llevar a cabo sus planes de alienación y sumisión de los pueblos sin pagar un alto precio por ello? ¿Estamos ante una nueva guerra fría tridimensional donde China pasa de ser un observador pasivo a un actor activo en la política internacional? Todo está en juego y todo es posible en el juego de los grandes. En esta nueva civilización, los ciudadanos deben asumir un grado de responsabilidad para no caer en los errores del pasado. Las pretensiones capitalistas a principios del siglo provocaron dos guerras mundiales y una crisis económica que pasó factura a más de una nación. Hoy hemos vuelto a vivir otra crisis creada, precisamente, por la banca capitalista internacional y los que pagan sus consecuencias son los ciudadanos. La sociedad civil debe despertarse y organizarse para no caer en la tentación de un sistema altamente peligroso para el futuro de la humanidad y de la paz mundial. Después de un hipotético tratado Kerry-Lavrov, ¿es posible evitar una tercera guerra mundial en Oriente Medio y en los países del Golfo Pérsico?

Bibliografía

- Álvarez Acosta, M. E. (s.f.). *Los conflictos en África Subsahariana en el siglo XXI: aproximación a sus componentes desestabilizadores*. Trabajo presentado en el XXII Simposio Electrónico Internacional: África, Una Mirada al Siglo XXI. Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo CEID, Buenos Aires.
- Arkoun, M. (1992). *El pensamiento árabe*. Barcelona: Paidós Orientalia.
- Alshboul, A. (2007). El Estado “democrático” y la “democratización” de los Estados Nómadas. *Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, 16.
- Campos Serrano, A. (2006). Política poscolonial al sur del Sáhara. En: *África en el horizonte. Introducción a la realidad socioeconómica del África subsahariana*. Madrid: Editorial Catarata.
- Estulin, D. (2010). *La verdadera historia del Club Bilderberg*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Galeano, E. (1970). *Las venas abiertas de América Latina*. Kindle Edition.
- Maalouf, A. (2009). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Martínez Montávez, P. (1998). En el mediterráneo, desde abajo. *El Mundo*, jueves 15 de enero.
- Martín Muñoz, G. (2012). Las revoluciones árabes en perspectiva histórica. *Tiempos de PAZ*, nº 107, 5-13.
- Molina Rey, R. (s.f.). África frente a una nueva colonización. *Crítica Dinámica*.

Morales Lezcano, V. (2012). *Norte de África: rebeliones sociales y opciones políticas*. Madrid: Editorial Diwan.

Pérez González, A. (2001/2002). Consolidación democrática en África Subsahariana. *Revista CIDOB D'afers Internacionals*, n. 56, 163-180.

Triviño, F. (1909). De enseñanza. *Marruecos*, año II, nº 21, 358-362.

Todorov, T. (2013). ¿Neoconservadurismo a la francesa?. *El País*, domingo 3 de febrero.